



BOJAYÁ: EN LA COMUNIDAD RESIDE EL FUTURO

Reconciliación Colombia
2020

BOJAYÁ: EN LA COMUNIDAD RESIDE EL FUTURO

Bojayá se encuentra a 228 kilómetros de Quibdó si se toma la vía más común para llegar hasta allá, que es el río Atrato. Antes de atracar en la cabecera municipal –la localidad de Bellavista– se debe atravesar una parte del denominado Chocó biogeográfico, uno de los ecosistemas más diversos del planeta. Quien viaja por el río delinea la serranía del Baudó y ve extenderse a lado y lado un paisaje exuberante, que contiene la porción del Parque Nacional Natural Utría que le corresponde a Bojayá, y que abarca las más de 50.000 hectáreas de humedales que forman parte del territorio.

Todavía lejos de Bellavista, pero ya navegando por el río Bojayá, afluente del Atrato, uno va encontrando la extensa zona rural del municipio, los trece resguardos de los indígenas [embera dóbida](#), dueños de un poco más de la mitad del territorio, y los diecinueve poblados de las comunidades negras, que poseen casi toda la otra mitad. Allá llegaron hace tiempos por el río, que les ha dado refugio y vida ante la persecución y el desplazamiento que han sufrido durante su historia. Asentados allí, en dieciséis corregimientos y cuatro veredas cruzadas por más ríos y más quebradas, estos sujetos colectivos, portadores de tradiciones vivas y defensores de una identidad, pueblan el grueso del territorio y son la fuente de su riqueza social y cultural, y de su capacidad de resistir.

El río Bojayá y el río Atrato han sido siempre las arterias de Bojayá y, al estar tan cerca del océano Pacífico y ser parte de otro camino que va al Atlántico, son su conexión con el mundo. Pero han sido, también, el motivo de sus traumas. A medida que el conflicto armado se transformaba en una disputa por el control del territorio y la población, anclada parcialmente en el negocio de la coca, la ubicación geográfica del municipio se convirtió en un botín para quienes veían un beneficio en un corredor para entrar y salir del país, enclavado en la selva, alejado de las ciudades, ubicado en el departamento más pobre de Colombia.

Así, como [escribió](#) Gonzalo Sánchez cuando dirigía el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), “el río Bojayá vio cómo sus aguas (...) se convirtieron en una ruta de narcotráfico (*para transportar*) buena parte de la coca que se sembraba y procesaba en la región. (...) La presencia de diferentes actores armados en la parte baja y en la desembocadura del río trajo consigo combates y afectaciones para la población civil”.

En 1997, [por orden](#) de Freddy Rendón, El Alemán, paramilitares del Bloque Élder Cárdenas de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) llegaron a los bosques húmedos de Bojayá

El río Bojayá y el río Atrato han sido siempre las arterias de Bojayá y, al estar tan cerca del océano Pacífico y ser parte de otro camino que va al Atlántico, son su conexión con el mundo.

para desplazar a la guerrilla, que había explotado la región por décadas. En Bellavista, donde se concentra el quehacer productivo y social de la mayor parte de los habitantes del municipio, anunciaron una “limpieza”, que en pocos días produjo las primeras violaciones, desapariciones y asesinatos. Luego fueron cientos más.

Esa primera ola de violencia dejó instalado en el centro del pueblo un cartel que decía “Muerte a los sapos”, expulsó a la Fuerza Pública y al alcalde, que por unos años debió gobernar desde Quibdó, y desató reiterados actos de guerra entre los escuadrones de El Alemán –auspiciados por el Ejército Nacional– y guerrilleros de las Farc. Los paramilitares poco a poco aprendieron a usar a la población civil como un escudo humano; los guerrilleros, por su parte, entendieron que el uso de armas no convencionales, como los cilindros bomba, permitían diezmar al enemigo, sin importar si con eso mataban a más personas.

La población civil terminó así en el fuego cruzado, y el 2 de mayo de 2002 vivió una masacre que se convirtió en uno de los momentos más emblemáticos de la guerra en Colombia, en una herida que aún no cierra, especialmente para los pobladores nativos: los indígenas y los afrocolombianos de Bojayá. Ese día, a las once de la mañana, una pipeta de gas llena de explosivos y metralla, que lanzó la guerrilla para dar con los paramilitares camuflados entre la gente, cayó sobre el altar de la iglesia de Bellavista y mató a **78 personas**. El CNMH declaró el hecho “un crimen de guerra”.

Miles de personas se desplazaron. Quienes permanecieron quedaron expuestos a las inundaciones, al hambre y al padecimiento por las carencias de salud, educación e infraestructura, y en las garras del narcotráfico, que se llevó a cientos, la mayoría jóvenes sin otra oportunidad. Toda familia quedó en duelo, como contó el CNMH con base en docenas de testimonios recogidos años después. Y ante la negligencia política y judicial, los pobladores se vieron injustamente obligados a dar una lucha –que se extendió **hasta noviembre de 2019**– por buscar, contar y enterrar dignamente a sus víctimas.

Pero la historia de Bojayá está marcada también por la resistencia: hija de la tradición ancestral, destilada del diálogo entre diversas etnias y culturas que han debido arreglarse para lograr su autonomía y progresar en medio del abandono estatal, y reciclada una y otra vez ante la hostilidad de quienes han intentado usurpar el territorio

y aniquilar las culturas anudadas en él. De ahí surgió un orden colectivo, cada vez más fuerte, en torno al cultivo del plátano, la yuca, el arroz, el borojó y la cúrcuma, a la explotación del bosque, a la pesca en tiempos de subienda y a la esperanza de llevar lo producido a Quibdó, Medellín y Bogotá. Y de ahí también proviene el **repertorio cultural** –de oraciones, alabaos, canto, danza– que les ha permitido vivir sus duelos, activar la memoria y levantar la voz cuando ha sido necesario.



Y de ahí también proviene el repertorio cultural –de oraciones, alabaos, canto, danza– que les ha permitido vivir sus duelos, activar la memoria y levantar la voz cuando ha sido necesario.

Así, en 1999, los pobladores y las autoridades civiles se alzaron contra los grupos armados en una *Declaración por la vida y por la paz*, que entonces leyeron públicamente frente a los invasores de la guerrilla y hoy todavía reposa en **la casa de las Agustinas Misioneras**. Tres años después, en los instantes posteriores a la masacre, surgieron figuras como el sacerdote **Antún Ramos**, que salió en medio de las balas a escudar a los sobrevivientes; una mujer llamada **Minelia**, que se quedó sola protegiendo los cadáveres mientras las personas huían; **Máxima Asprilla**, que se echó al hombro la defensa de las víctimas y el trabajo de memoria, y **Leyner Palacios**, que perdió 28 familiares, pero hoy es un líder de influencia nacional. Pasados los años más duros tras la masacre, el padre Ramos **se ha reunido** en actos de reconciliación con Freddy Rendón, hoy convertido en gestor de reconciliación, y durante el proceso de paz del gobierno Santos, las víctimas escucharon en Bellavista a Pastor Alape, un excomandante de las Farc, **pedirles perdón**.

Las más de doce mil personas que hoy viven en Bojayá son testigos de esos y cientos otros actos de fortaleza moral, muchos protagonizados por mujeres. Así, son portadores de una cultura de resistencia como pocas en el país, **conscientes de la necesidad** de convivir con la memoria y de reconciliarse. Pero aún enfrentan el desafío de reconfigurar su comunidad.

Cuentan con un **plan de renovación** del Gobierno Nacional, producto del Acuerdo de Paz, que estará en marcha hasta 2028, pero aún cojea y no toca a la población, que permanece **muy vulnerable**. Las tasas de desnutrición infantil son altas; el rezago escolar produce analfabetismo y desertión; cada año aumentan los embarazos de adolescentes y los casos de enfermedades de transmisión sexual; las inundaciones amenazan a diario a las comunidades en los humedales, que viven en casas deterioradas y muchas veces hacinadas; la tierra sufre por cuenta de prácticas agrícolas que la agreden, y la violencia en la región, atizada por narcotraficantes y bandas criminales, como las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, mantiene vivas la tensión y el temor de un regreso al pasado. **El sitio armado** de diciembre de 2019, que condujo a una militarización y desató **una ola de miedo**, las **nuevas amenazas** contra Leyner Palacios, y **los confinamientos** de finales de abril –en medio de la pandemia del coronavirus, que **ningún lugar del departamento** podría enfrentar– son evidencias estridentes del desamparo y la marginalidad.

En su más reciente Plan de Desarrollo, diseñado con los consejos comunitarios, los resguardos y las víctimas, Bojayá se declara comprometida a “consolidar la paz en el territorio” y enfocarse en desarrollar su área rural. Pero el papel dice cosas obvias que la tierra sabe hace décadas. Y un futuro distinto para el municipio exige mucho más que apuntar a cumplir los Objetivos de Desarrollo Sostenible y echar mano de la “estrategia integral de transformación del campo” que prometen los gobernantes. “A pesar de que todo el mundo habla de este municipio, seguimos olvidados”, **le dijo** un miembro de la administración local hace un año y medio a Alfredo Molano Jimeno, entonces periodista de *El Espectador*. Es necesario reconocer que en Bojayá el poder está presente en los corregimientos y las veredas, en los bosques encantados de los embera, en los repertorios culturales de los negros y en la posibilidad, cada vez más sólida, de que las comunidades puedan actuar de forma concertada. La plurietnia que habita Bojayá –una colectividad madura, que sabe confiar y persistir– es la mejor fuente de creatividad y cambio que tiene el territorio.

BOJAYÁ RENACE CON LA CÚRCUMA



Esta publicación fue posible gracias al generoso apoyo del pueblo de Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Los contenidos son responsabilidad de la Corporación Reconciliación Colombia y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID o del gobierno de Estados Unidos.